

## SERMON MORAL

SOBRE LA

NECESIDAD DE LA RELIGION EN EL HOMBRE Y EN LA SOCIEDAD.

---

*Non in sólo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.*

No de sólo pan vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios.

(DEUTERONOM., cap. VIII, vers. 3.)

No es el hombre como los otros seres animados y sensitivos que viven en los campos ó tienen sus guaridas en las selvas. Éstos, impulsados por la fuerza irresistible del instinto, no tienen otro fin en sus operaciones que su conservacion y propagacion, á las que tienden todos sus movimientos, sin que les sea dado conocer con acto reflejo ni áun el objeto material de su existencia. Los alimentos que los han de conservar en vigor les están tan demarcados, que nunca los han abandonado, conmutándolos con otros más fuertes ó exquisitos; y tan imperiosa es la necesidad con que son llevados á este fin, que ántes morirán á impulsos del hambre, ántes entrarán en la disolucion de sus órganos, que mudar el alimento que Dios les señalára desde el principio. Esta es la ley de la naturaleza puramente animal, ley que jamás será infringida por ninguno de los que la componen, por carecer de potencias intelectuales, de entendimiento y voluntad. Mirad al fogoso leon de la Numidia cuán fiero se encuentra

en los dilatados bosques en que habita como rey de las selvas; todo su anhelo está reducido á tener víctimas con que entretener sus fauces horrendas; encadenadlo, dadle carne que pueda devorar, y estará contento en su esclavitud, porque quedan satisfechos todos sus deseos.

No sucede lo mismo al hombre; es sensitivo como los otros animales; naturalmente desea su conservacion, mas no camina á ella por instinto animal, sino racional; las grandezas de su alma hacen que todo lo que pertenece al cuerpo y á su sustentacion sea mirado como secundario y accesorio, poniendo todo el cuidado en alimentar y dar vida á lo que es infinitamente más que la materia: al alma espiritual é inmortal. De consiguiente, hay en el hombre dos vidas: una lo pone en afinidad con la naturaleza puramente animal, y otra en analogía con la que es puramente espiritual; la primera es de corta duracion, pues todo lo que pertenezca al reino de la materia es por su esencia corruptible y transitorio; la segunda es eterna, por ser exclusiva del espíritu, á cuya destruccion no llegan los elementos materiales, ni las fuerzas de otros espíritus del mismo orden. Luego es un error pretender que el hombre viva con sólo el mantenimiento corporal, cuando tiene otra nutricion más noble, ménos perecedera, incorruptible, eterna, y que sostiene su vida racional, porque no vive el hombre con sólo el pan, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios. *Non in solo pane, etc.*

Hé aquí, si nos es lícito parafrasear las palabras divinas, hé aquí el admirable razonamiento con que Dios confundiera al orgulloso Satanás, que se le acercára para probar si era el penitente Jesus, Hijo de Dios. «Estoy hambriento, le dice éste, pues he ayunado cuarenta días y cuarenta noches; no hay en este desierto alimento alguno para mi cuerpo extenuado, pues no se encuentran sino arbustos y yerba, propios tan sólo para satisfacer á los animales silvestres; me dices que si soy Hijo de Dios, convierta en

pan estas piedras; y Yo te digo que no es necesario echar mano de los milagros para sostener mi vida, porque el hombre no vive de sólo pan, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios.» Igual raciocinio haré yo en este día, amados míos; veo al mundo entero entregado á trabajos afanosos, que no tienen otro fin que conservar en el lujo y comodidades la vida del cuerpo, y no puedo ménos de decir al mundo entero lo que el Salvador contestára al tentador: «No vive el hombre de sólo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.» *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.*

¡Qué! ¿No ha de ser el hombre más que esos animales mudos y estúpidos, de los cuales se sirve, ora para su comodidad, ora para su regalo? ¿La materia ha de ser acaso el único alimento de este sér noble, que discurre y raciocina, y se eleva con sus ideas hasta lo más sublime de los cielos, que se interna entre los ejércitos de los ángeles y recorre sus jerarquías y coros, que sube las aras del trono de la Divinidad, que la contempla, y aún quizá se atreve á querer alzar el espeso velo del Santuario de luz inaccesible donde habita? El que está en relacion y analogía con los espíritus bienaventurados, ¿no ha de nutrir su alma con otro pan distinto del que brota la tierra, indistintamente para el hombre que lo siembra, como para el jumento que lo arrebatá, sin conocer ni su naturaleza ni sus propiedades? ¡Ah! Es el hombre semejante á los ángeles y al mismo Dios; su cuerpo no es más que un palacio donde vive un personaje de oriundez divina; vive en él un alma espiritual é inmortal, y ésta necesita de alimento.

¿Qué alimento es éste, amados míos? La Religion que Dios tuvo á bien revelarles. Es, pues, necesaria ésta al individuo y á la sociedad, y sin ella aquél se pierde y ésta se disloca y hunde. El hombre sin religion es una bestia racional, pero cuya razon no le sirve sino para embrutecerse más y más; la sociedad sin religion es un

cuerpo moribundo, entregado á continuas convulsiones, que la enervan y aniquilan. La vida material del hombre se sostiene con los alimentos terrenos; la vida del alma con las creencias. Voy, pues, á cimentar las verdades morales y dogmáticas que habeis de oír en esta gran máxima; el hombre y la sociedad exigen por su naturaleza la Religion revelada, para vivir felices en el mundo. ¡Dios Santo! Poned vuestras palabras en mis lábios para predicar la verdad y confundir el error.

AVE MARIA.

Atendido el actual orden de cosas, es preciso inferir, dice el Ángel de las Escuelas, que Dios no bajára del cielo á la tierra si el hombre no hubiese incurrido en anatema eterno por su antigua rebelion. Cuál fuese la causa que movió á Dios á ejecutar una obra tan admirable, es preciso buscarla, tanto en la naturaleza divina como en la humana; en aquélla no hubo otro principio que la misericordia de Dios; mas en la nuestra no habia alguno que pudiese obligar al cielo á desplegar todo su poder, porque las causas segundas no tienen imperio alguno sobre la primera: ¿no habria, pues, en la humanidad algun motivo poderoso que inclinase el corazon divino á ella, para que la dirigiera una mirada compasiva? Examinemos al hombre; dividámoslo, y pronto lo encontraremos. Tiene éste un cuerpo material que se asemeja al bruto; este cuerpo se debilita, muere, se disuelve en polvo: ¿pudiera este cuerpo llamar la atencion divina tan particularmente? Sufre hambre, frio, desnudez, cansancio, enfermedades y dolencias continuas: ¿era esto suficiente para motivar un portentoso tan grande como la encarnacion del Hijo de Dios? No; porque las penalidades

del cuerpo son transitorias; el cuerpo no es más que un poco de tierra animada que, como la flor del campo, hoy florece y mañana se marchita; su existencia es insignificante, es limitada, y una causa limitada y corruptible no puede influir en que otra infinita é inmensa se ponga en movimiento; ¿qué hay, pues, en el hombre que Dios haya mirado con tanto interés, que le hizo bajar al seno de una vírgen, encerrarse en un cuerpo humano, morir y padecer en él? ¡Ah, amados míos! Se deja ver aquí ya la otra parte del compuesto humano, reclamando la encarnacion del verbo, el alma espiritual, inmortal, eterna: nada importaba que pereciese el cuerpo, si éste tuviera alma puramente sensitiva como la del bruto, porque entónces al espirar entrará para siempre en la region de la nada; pero esta alma es semejante á Dios y ha de durar para siempre; esta alma, no obstante que se separa del cuerpo, está reclamando una nueva union, suspira por renovar los lazos de su amistad antigua; padecen en cierto modo una violencia todo el tiempo que se hallan separados estos dos amigos, como nos lo dan á entender las convulsiones de la muerte, y bien sabeis que ninguna violencia puede ser perpétua; y debiéndose unir estos dos objetos para no separarse jamás, es indispensable que la felicidad ó desdicha del alma ha de afectar al cuerpo.

¿Descubris ya cuál es la causa humana que haya podido atraer las miradas de un Dios? Sí; es ésta la inmortalidad del alma; esta hechura de las manos divinas naufragaba para siempre en el tempestuoso mar del error, por haber declinado ella misma del camino de la verdad y felicidad; se perdia para siempre, y admiremos con el divino Pablo la infinita misericordia de Dios. Hubo en el principio del mundo dos criaturas rebeldes, el ángel y el hombre; no quiso perdonar al primero, y determinó tomar carne humana para redimir al segundo, no permiti-

tiendo que fuera eternamente desdichada una criatura que él sacára de la nada para que fuese eternamente feliz; y estos designios de la Providencia eran tan nobles y generosos, que queria que esta felicidad empezase en esta vida, ensanchándola y aumentándola en la otra de tal modo, que la felicidad de Dios fuese la felicidad del hombre. Para lograrlo, no habia otro medio que la Religion, la Religion que Dios reveló en el Paraiso al hombre pecador, prometiéndole un redentor con cuya fé se salvarsen los hombres que lo esperaron ántes de su venida; la Religion que Él plantease en la tierra, y que siguiesen los hombres despues de su aparicion. Porque es preciso, señores, saber desde cuándo ha existido esta Religion; es preciso saber que el Cristianismo empezó en el mismo lugar donde fuera cometido el primer pecado contra Dios; allí decretó Dios la ruina del infierno y del demonio; allí declaró al hombre que, en castigo temporal de su rebellion, padeceria trabajos y afanes en el mundo, porque era polvo en cuanto á su cuerpo, pero le libró de las penas eternas por los méritos ya existentes del futuro Redentor, que estrellaria la erguida cerviz del demonio.

Por la apostasía del hombre se trastornó el órden que Dios estableciera entre él y las criaturas racionales, de cuya inversion no podia salir sino la ruina del hombre mismo; negó éste á Dios la gloria que le era debida, y por su parte se inficionó á sí mismo, estragando todo su compuesto, introduciendo en el entendimiento el error, las pasiones que ocasionarian la depravacion de la voluntad, y por consiguiente el trastorno continuo en el mundo, las oscilaciones en la sociedad, lo que hacía al hombre miserable en el mundo presente, y más en el futuro; pero Dios le reveló entónces mismo una Religion, en la cual diese á Dios el honor que exige su Santidad infinita, se perfeccionase el hombre, y fuese coordinada la sociedad. Este plan de la Providencia, ¿no os parece vasto, sublime

y digno de la sabiduría infinita? La miseria en que cayera el hombre criminal, ¿no os parece que reclamaba una reformation? ¿Habrá un solo hombre pensador que pueda afirmar que el hombre y la sociedad pueden ser felices sin acomodarse á lo que prescribe la Religion revelada? Examinemos por partes lo que Dios exige del hombre, y deduciremos legítimamente dos cosas: una, que Dios ha tenido con nosotros demasiada piedad, revelándonos una Religion tan propia á formar nuestra dicha en esta vida y en la otra que esperamos; otra, que son los hombres horriblemente ingratos contra el Sér divino, y crueles contra sí mismos, en no vivir conforme la Religion les manda.

En efecto, amados míos: ¿qué nos enseña la Religion sobre la gloria que debemos dar á Dios, y en qué la funda? ¡Ah! ¡Qué maravillas, qué grandezas se descubren en la Divinidad! Con la luz de la revelacion vemos al invisible, al Autor y Dueño del mundo, omnipotente, inmutable, conduciendo todas las cosas con su sabiduría, dando fuerza y vigor á las criaturas con su presencia, llenando hasta el más retirado rincon del mundo con su inmensidad; vemos á este Dios benéfico, amable y Padre de todos, que nos saca de la nada, nos vivifica con su aliento divino, y manda á toda la naturaleza que produzca y trabaje sin cesar por nuestro propio bien. Al eco de su voz imperiosa, las aguas, convirtiéndose en vapores, suben por los aires, para dejar caer luégo sus gotas fecundantes; Él convierte las tempestades en aguas pacíficas; Él encierra los vientos y los suelta; Él extiende su mano sobre las encrespadas olas del Océano, mandándolas que se aquieten y que estén atenuadas á los límites que tienen prefijados en la humilde playa; no basta para adorar á este Sér divino el conocerlo como filósofo; es preciso adorarle con corazon sencillo, y la revelacion nos enseña que el culto que Dios exige no consiste en el aparato

exterior, ni en ceremonias insignificantes y ruidosas, sino en el sacrificio de nuestro corazón; un temor servil no es suficiente para adorarlo, siendo preciso servirle por amor; vemos, por fin, que Dios es espíritu y verdad, y por consiguiente sabemos que es indispensable adorarlo en espíritu y verdad; es decir, que á nuestro culto y adoración exteriores vaya unido el culto interior, desterrando de nuestra alma la hipocresía, la maldad y el crimen. ¡Qué doctrina tan pura! ¡Qué principios tan acomodados á la espiritualidad de nuestra alma! ¡Qué máximas tan necesarias para mantener al hombre en relaciones con Dios!

Al examinar la serie de los sucesos del mundo, nos veremos precisados á confesar que la razón por sí sola no podía inspirar sentimientos tan celestiales. Entre todos los hombres que ha habido hasta hoy, no ha existido sino uno solo que haya podido hacer prevalecer estas máximas en toda la humanidad; este hombre era Dios; los filósofos del paganismo tuvieron idea de un Dios creador; pero infieles á las inspiraciones de la razón, no glorificaron á Dios como merecía, y convirtieron su imagen en esculturas de piedra, de animales, de reptiles y cuadrúpedos; y lejos de anunciar la gloria de este Sér divino al resto de los hombres, se confundían con el populacho ignorante, para participar sus cultos y las abominaciones de la carne. El mismo legislador del pueblo hebreo y los muchos Profetas que florecieron en su seno, no pensaron jamás en predicar estas verdades á otras naciones, siéndoles esto casi imposible, ocupados como estaban siempre en contener á Israel para que no cayese en la idolatría. ¿No es, pues, digno de llamar nuestra atención que habiendo estado la humanidad entregada por cuatro mil años á sus propias luces, no hubiese jamás aparecido un solo hombre que predicase á los demás estos principios que dan honor á la divinidad, y que

sólo Jesucristo los publicase para toda nación, idioma y pueblo, desengañando á los hombres de los errores en que vivían? ¿No es todavía más extraño que para enseñar á los mortales á adorar al Dios vivo é inmortal se haya servido de la persuasión, de la suavidad y dulzura, domando con ellas á los tiranos, y á las legiones, y á las masas de los pueblos? En efecto; á la voz de Jesús le siguen doce hombres, y éstos se reparten la tierra para ilustrar cada uno la parte que le tocase; al momento que aparecen en las regiones desconocidas, anunciando al Dios que debían adorar en espíritu y verdad, corren á ellos las gentes en tropel; de Oriente á Poniente se levantan templos al Altísimo, elevándose la Religión verdadera sobre las ruinas del error, y siendo Dios conocido y adorado de todos los hombres.

Esta doctrina tan pura, que eleva el espíritu humano y lo enaltece, ¿no es acaso más digna de la razón que esas vanas teorías de los incrédulos, en las cuales la Divinidad es representada como un sér quimérico, ocurrido en los tiempos más remotos á almas tímidas, perfeccionado por hombres más sábios con el discurso del tiempo, haciendo á Dios la gran alma del mundo material, de la cual dependían otros muchos dioses, ó poniendo el acaso como el origen y principio de cuanto existe? La unidad de Dios, con la obligación de adorarlo en espíritu y verdad, ¿es acaso el fruto tardío de mil meditaciones tenidas por los filósofos, adoptadas por los judíos y cristianos, como osára pretender la incrédula ciencia que tanto se lisonjea en su racionalismo? En un asunto de tanta gloria para Dios, ¿hubiera Éste entregado el espíritu humano á las oscilaciones del error, para que paso á paso fuese caminando de la idolatría al maniqueísmo, del maniqueísmo á la unidad, para volver luego á la idolatría y andar siempre entre laberintos de errores? Esta doctrina ha sido presentada por la ciencia moderna como el paladion de todos sus

otros dogmas subversivos, como la panacea universal de las dolencias de nuestro espíritu; pero hablemos con claridad: ¿tiene la impiedad alguna prueba, ni aún negativa, de estas aserciones? En vano la buscaremos; el incrédulo no conoce otro criterio que el de negar; concibe en su imaginación una teoría, tan difícil de realizar como el tocar el cielo con la mano, y esto basta para que publique la consecuencia más errónea, que no es otra que esta: «Esto es posible; luego ha existido;» consecuencia que no deduciría un salvaje atenido á las simples luces de la razón.

Sin embargo, cuando se trata de una cosa tan interesante como la adoración de Dios, es preciso aducir pruebas positivas y ciertas, y éstas las tenemos en todos los sábios antiguos, en todos los pueblos y naciones; por la historia antigua nos consta, hasta la última evidencia, que Dios reveló á los hombres su unidad y los derechos que tiene á nuestras adoraciones. No hablo ahora de los Patriarcas; fácil me fuera demostrar que, por una sucesión admirable y providencial, no bajó uno de los antiguos héroes de la Religión al sepulcro sin dejar en la sociedad hijos y compañeros de sus creencias; leed y vereis que no muere Adán sin tener á millares hijos y nietos en Seth justamente llamados hijos de Dios, porque lo adoraban en espíritu y verdad; no han muerto éstos, cuando han venido al mundo los Matusalenes y Noés, en cuya centuria, corrompida la tierra con crímenes de toda especie, el mundo es purificado por un cataclismo; no hay entónces en la tierra sino ocho almas, y todas adoran á Dios con el culto más puro. Continúad leyendo; aún no han bajado á la tumba los hijos y nietos de Noé, y ya son hombres perfectos Abraham, Isaac, y otros que profesan la misma fé y religión. Desde entónces, no hay necesidad de referir hechos ni genealogías de justos, pues todos las conocen, y todos nos gloriamos de ser en

la fé hijos del gran Patriarca de la Mesopotamia. Voy á hablar dos palabras de los pueblos idólatras, que confirman la evidencia de la revelación que Dios hizo á los hombres de la Religión en que quería ser adorado.

Ahí está el Egipto, ese pueblo antiguo, rival del pueblo de Dios, tan civilizado en tiempo de Faraon como pudiera estar Roma en el siglo de Augusto; ahí está la Grecia, ese puñado de tierra que infestó la tierra con sus supersticiones; ahí está Roma, cuyas falanges llevaron al Asia y al Occidente todos los errores; poco nos queda de ellos; pirámides, estatuas, circos, que nos demuestran su antigua grandeza; examinad los hechos en los sábios que anduvieran en estos pueblos consignando á la historia la religión de aquellas naciones, y quedareis admirados al ver que, cuanto más se acercan á la antigüedad, tienen mayores nociones de la adoración de Dios. Ni el Egipto ni la Siria admiten estatuas en sus templos; ni Grecia ni Roma adoran en el principio otro Dios que al Criador y conservador del mundo. Testigo de lo primero es Sófoles, que se atrevió á decir en el teatro de Atenas estas palabras: «En verdad no hay más que un Dios, que ha formado el cielo, la tierra, los mares y los vientos. Con todo, los mortales, extrañamente ilusionados, hacen estatuas de dioses, y les ofrecen sacrificios, consagrándoles fiestas, é imaginándose en vano que la piedad consiste en ceremonias.» Testigo es de lo segundo el cronista de los héroes de Roma, quien afirma «que en las dos primeras centurias de Roma habia templos, pero no estatuas molduradas ni pintadas, habiéndoselo prohibido el legislador Numa, quien les enseñó á no representar á Dios en figuras corruptibles, sino á elevarse á él con el entendimiento.» Testigo es, por fin, el sabio Varron, citado por San Agustín, que atesta este hecho, añadiendo estas palabras: «Si este uso hubiese durado siempre, el culto de los dioses habria sido más puro.» Citados estos hechos,